

CARTA 12 Sobre la (in) consecuencia ética y la falta de confianza

Lo señalado antes implica una cuestión clave: la confianza. El tema de la confianza entre nosotros es un problema ético. El uno no hace lo que debe, el otro no espera que el uno haga lo que debe y entonces él tampoco lo hace. Se trata de engañar al otro antes que me engañe a mí. La crisis de confianza está minando la política, la actividad económica, la actividad académica y en ocasiones, hasta el tránsito de nuestras ciudades.

El problema ético fundamental de América Latina es cómo crear y conservar la confianza y la confianza tiene que ver con hacer bien las cosas, con el “bienhacer”. Obviamente no es lo único, el tema de la tolerancia, de la interculturalidad, de la seguridad, de la justicia social, también son importantes. El punto aquí no es la mayor o menor importancia, sino cuales valores son básicos para permitir la existencia de los otros. En 2002, el 57% de los paraguayos creía que le iba mejor en la vida al que tiene buenos contactos y los usa para su provecho, en tanto que solo el 42 % creía que eso ocurría al que trabaja duro y cumple con las leyes (CIRD/USAID, 2002,10). Puede ser algo coyuntural, pero esa es una muestra de la inexistencia de confianza y de justicia, por lo que hacer las cosas bien es algo completamente secundario. ¿Por que un estudiante perdería tiempo estudiando si lo más importante es la astucia para hacer lobby en vistas a adquirir buenos contactos y si todavía es mucho más divertido? Esto consagra el círculo vicioso del subdesarrollo y la mediocridad.

Sería abusivo pedir que los pensadores latinoamericanos descubrieran la piedra filosofal que permitiría transmutar la corrupción en honradez o la pillería en solidaridad ciudadana. Pero eso sí, debe recordarse, que se trata de un problema de la mayor importancia, al que debemos dedicarnos con radicalidad. Algunos de nuestros países se encuentran entre los con mayores niveles de corrupción y desconfianza del mundo. Tales índices son inversamente proporcionales a los de desarrollo y democracia.

Es razonable proponer que nos aboquemos a esto. Donde no hay confianza se dificulta el funcionamiento económico y político, se dificulta el ejercicio de la justicia y hasta la vida cotidiana: el respeto por la otra y el otro. Confianza/desconfianza es un problema ético del que deben ocuparse los filósofos, pero es un problema que debe interesar a antropólogos, politólogos y economistas entre otros. La mayor o menor capacidad de un grupo para liderizar un proceso de reforma dependerá en gran parte de su capacidad de generar confianza y dicha confianza hacia fuera, dependerá de la confianza que logre generar entre los pares. Calidad, honestidad y transparencia en el quehacer intelectual son criterios claves para generar confianza en el propio medio y hacia fuera. En el propio medio intelectual la renovación vendrá de quienes sepan generar confianza.

* * *

Hay intelectuales que solidarizan frecuentemente con las causas de los pueblos, con causas religiosas, políticas, ecológicas y otras, pero ejercen mal su profesión. Hay universidades que hablan de su compromiso con los pueblos pero forman malos profesionales. Hay estudiantes que precisamente para no estudiar prefieren dedicarse a alguna cruzada de beneficencia. Hay gente, incluso en el medio intelectual, que niega la inteligencia, argumentando que esa negación contribuiría a la afirmación de las causas de los pueblos. Supuestamente los ignorantes perciben mejor y participan mejor de esas causas. Por eso, argumentan que Haití está mucho mejor que Canadá. En ese discurso se encuentra la semilla del discurso dictatorial, la soberbia del ignorante.

La clave de la ética para el mundo intelectual es mejorar su quehacer, subir su nivel, perfeccionar su oficio y no negarlo. La clave de la ética intelectual es producir un intelectual, un profesional, un especialista en quien se puede confiar pues entrega soluciones, alguien que practica el “bienpensar” y el “bienhacer”. La confianza en la calidad conlleva una doble dimensión técnica y ética: hacer las cosas bien es algo ético.

Existen muchas personas con pequeños conocimientos (particularmente los iluminados religiosos y los neo populistas conservadores) que creen que ya conocen los fines y el destino de la humanidad y que deben ir directamente hacia allá, sin preguntarse más nada. Creen que saber de economía o geografía está prácticamente demás. Ya recibieron una revelación que les ha indicado el camino. Imaginan que el perfeccionamiento de sus saberes es un desvío. Ocurre con ellos lo mismo que con aquel grupo de Cromañones que imaginó una utopía para todo el resto de historia de la humanidad, cuya base consistía en la equitativa repartición de los productos que entregaban las presas recién cazadas por el clan.

Mucho intelectual se gasta en el bullicio mediático, abusa de lo altisonante para producir impacto y no pensamiento, renuncia a la labor magisterial para asumir la del predicador sectario. Por cierto la intelectualidad debe hacerse presente en la esfera pública, ser capaz de incidir en ella, estas *Cartas* son para eso, pero se trata de subir el nivel no de rebajarlo. Las palabras: pocas y doctas. Por la densidad cultural y contra el facilismo. En consecuencia, debe destacarse lo que hizo Joaquín García Monge desde

Costa Rica, que sostuvo una revista a pulso por casi 40 años, logrando que múltiples personalidades contribuyeran, conformando una de las redes más importantes de la historia intelectual latinoamericana: densa, respetuosa, solidaria. Eso es hacer densidad cultural (Véase www.internacionaldelconocimiento.org).

* * *

La inmensa proliferación de instituciones de educación superior revela, en América Latina y el Caribe, la creciente importancia atribuida al conocimiento para las personas como individuos y para las sociedades. Esto es muy positivo y debería incrementarse más. El crecimiento de la población que ha pasado por las universidades debería ejercer el efecto de demostración sobre el resto en diversos aspectos, siendo el más englobante el de la cultura de la calidad.

Sin embargo, la historia y el presente de nuestras universidades se encuentran marcados por algunas tendencias que no van en favor de la cultura de la calidad. Ha habido una parte de la intelectualidad que ha mostrado niveles muy bajos de confianza en el conocimiento y que ha imaginado las instituciones de educación superior como medio para alcanzar otros fines: adquirir poder, mejorar su situación económica y su ubicación social, hacer proselitismo religioso o ideológico, entre otros. Muchas de estas personas, incluso con fines altruistas, han considerado que la universidad tiene poco y nada que aportar en tanto que tal. Que el saber alcanzado y enseñado allí es completamente irrelevante en relación a otros objetivos. Por cierto igualmente han existido camarillas nada altruistas que han entrado a saco en las universidades, subiéndose los sueldos, repartiéndose los puestos, atribuyéndose prebendas y desmontando los sistemas de evaluación y meritocracia, que consideran enemigos de su enquistamiento. Hay universidades en que la campaña para el próximo rectorado comienza al día siguiente de las elecciones. Lo que ha ocurrido en grande, tantas veces en los estados latinoamericanos, ha ocurrido a nivel de pacotilla con algunas universidades. En esos lugares, los académicos están en lucha permanente por el poder y no por el crecimiento intelectual. Normalmente éstas son las de menor calidad o las que van paulatinamente decayendo. Obviamente esta corrupción no ha ocurrido solamente en nuestra región, pero debe tenerse en cuenta que el desprecio del conocimiento y la instrumentalización ha sido muy importante, pues universidades que llevan siglos de fundadas nunca han producido algo así como un Nóbel ni han estado entre las mejores del mundo.

Lo más importante no es que la universidad sea pública o privada, que sea o no confesional, que sea laica o religiosa, que sea autónoma o no. Lo importante es que sea buena. Observación muy ingenua, pensarán algunos. Pero, no lo es tanto. Recuerden que ha habido públicas y privadas buenas y malas; confesionales y no confesionales, buenas y malas; privadas confesionales y públicas confesionales buenas y malas. Ni lo público, ni lo confesional, ni lo laico son condiciones necesarias ni suficientes para la calidad, sino la honestidad intelectual de subir cotidianamente el nivel. Creo, sin embargo, que la libertad, las condiciones económicas dignas, la independencia intelectual y la apertura plural a las ideas, son obviamente cosas deseables, con valor intrínseco, y que a la larga se revierten sobre la calidad.

* * *

Confiabilidad quiere decir capacidad de convencer a los demás de ser capaces de hacer algo de valor, de respetar la palabra, de ser creíbles. La confiabilidad no es una capacidad de intelectuales propiamente pero en este caso debe serlo. El aleph del conocimiento: una ciencia y una tecnología al servicio de la sociedad y una capacidad de liderar causas de bien público y de paz internacional. Una intelectualidad que no produce inventos ni descubrimientos ni educación de calidad, unas fuerzas armadas que masacran a su población o unas iglesias con ministros pedófilos y que explotan a sus feligreses no son confiables.

Podría decirse que el problema del estancamiento latinoamericana es un problema político y sería verdadero. Podría igualmente decirse que es un problema económico y también sería verdadero, o educacional, o tecnológico, o internacional, o de capital humano y así sucesivamente. Sin duda todos los factores están comprometidos en el estancamiento, pero debe haber algo que los relaciona y articula. A mi juicio, el elemento articulador es el hacer mal las cosas, el abaratamiento. América Latina se ha abaratado queriendo pasarse de astuta, nuestra intelectualidad ha sido cómplice de este abaratamiento. O nos hemos habituado y ya somos incapaces de advertir la cultura de utilería.

Confianza no quiere decir "fe", ni ilusión ni menos esquizofrenia. Un latinoamericano en los años 1940s refiriéndose a su país decía: "Cierto que este es un país atrasado, pero más bien que pobre es empobrecido. Reúne todas las condiciones para mejorar de destino. Lejos de ser una tierra imposible, es una magnífica posibilidad". No he querido mencionar ni al autor ni al país para no desprestigiarlos. ¿Creía ese autor que bastaba con tener buen clima o buena tierra? Si estaban dadas todas las condiciones,

no nos queda más que pensar que algún dios muy maligno decidió castigar a ese país todavía por mucho tiempo. ¿Deberé decir que ese país, tantas décadas después, está igual o peor en relación a los demás?

Lo importante, ahora lo sabemos mejor, es el capital humano. El principal rol del intelectual es pensar bien. Allí realiza prioritariamente su servicio a la sociedad. Y pensar bien es en primer lugar realizar una tarea académica de mejor calidad. Para que esto sea posible deben mejorarse currículos, instalaciones, bibliotecas, financiamientos, todo, todo. Pero pienso que alimentando todo esto debe estar la convicción de la importancia y la posibilidad real de pensar mejor. Creo que es clave superar la visión conservadora y conformista que nos tienta con la apariencia por sobre el ejercicio de nuestras capacidades.